

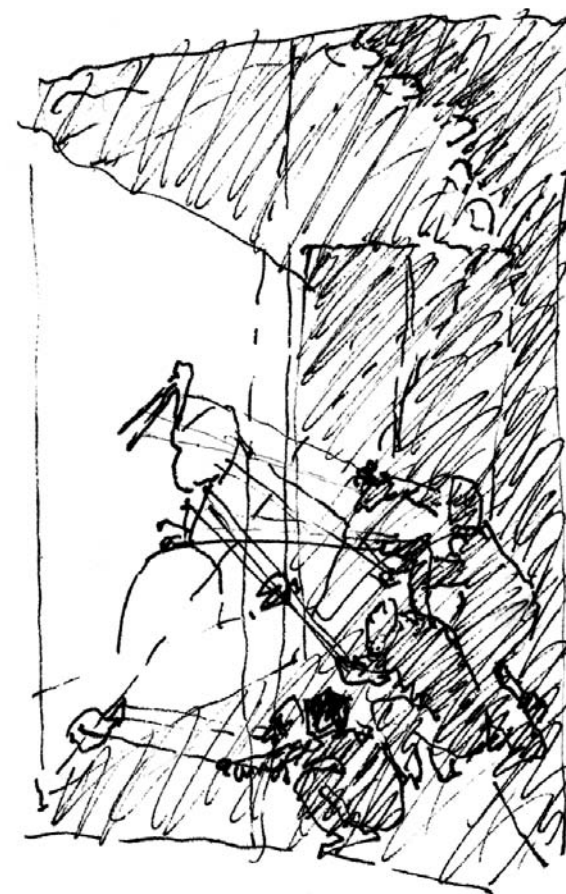
2005. 132  
JAIA LORE ARTEAN

CIRCO

SOBRE LO INMEDIATO

LUIS M. MANSILLA

Apunte del interior de un teatro de sombras chinas en Nanjing. 2005.



Notas de un viaje a Nanjing, *la capital del Sur*, China.

La música se escucha como alejándose, pero los músicos siguen ahí. Parece que hubiera doblado una esquina, porque no disminuye linealmente, sino que algunas notas o grupos de notas de repente se oyen un tanto más, como cuando las llevan ráfagas de viento. Y ese viento se traslada a las cortinas que se descorren con el aire, y parece que nadie estuviera tirando de ellas, sino acaso soplando, o moviéndolas a distancia, apenas agitando las manos. Suena un silencio y la luz se va apagando, y sólo quedan los reflejos en las paredes lacadas en un color rojo nada inocente, un rojo culpable. Un reflejo aceitoso.

Recuerdo aquellos aparatos ópticos que inventaba Durero para representar al mundo, para inventar la perspectiva; pero el objeto y su representación eran dos cosas diversas.

Esto no se parece al cine, que es sólo imagen, ni al teatro, porque no hay una historia detrás, ni nada que interpretar.

Son aparatos ópticos (conceptuales o físicos) que se interponen, y quizás por ello nunca viajo (ahora lo sé) con cámara de fotos, que interpone un objeto, una distancia, y lo que sale no es lo que uno vió, sino lo que la máquina vió. De algún modo, son mecanismos que erosionan el presente, o lo despedazan de un tajo por la mitad y cae de un lado el pasado y del otro el futuro.

Pero aquí sólo hay un trozo de la vida, cotidiana y sorprendente, que se exhibe a sí misma, en este momento, y aquellos hombres con la mirada embelesada, como ausente o mirando más allá, porque no son ellos lo que está presente, sino un trozo de la vida que les asombra, y que devocionan. Vuelve a salir el pez, y las cortinas se cierran de nuevo. Y pienso que lo bueno de los viajes es dejarse sorprender por lo desconocido. Lo desconocido de uno mismo.

Luis M. Mansilla

Y piensa también si nuestra sociedad occidental quizás está virando hacia una suerte de primitivismo, en el que la importancia de las ideas va cediendo paso al poder de las percepciones, en la que en arquitectura, la primacía del espacio como algo abstracto va abandonando una habitación a la que llegan nuevos invitados: las sensaciones, los sentidos, lo variable, aquello que se transforma. Una humanidad que quisiera acercarse a una naturaleza quizás irremediablemente lejana, pero en la que vuelve a primer plano no lo distante, sino aquello que está muy cerca, lo casi inmediato. Y pasa por mi pensamiento, como pasan las nubes, si no hay algo hermoso en esta inmediatez, que se resiste a las palabras y rinde homenaje al misterio de la vida y se deja abrazar por su enigma. Una nueva forma del subjetivismo que está naciendo.

Los tres hombres siguen agitando el aire y sus figuras se desplazan, cambiando de estados de ánimo, o de régimen de actividad: en un instante, el anciano parece un cirujano, manejando unos bisturís alargados, un instrumental quirúrgico en plena operación a corazón abierto, y un instante después, cuando la garza descubre que se ha posado sobre la tortuga, uno está delante de dos espadachines que intercambian sus floretes. Y lo notable es que esta transición, súbita y lenta al tiempo, baraja continuidad y discontinuidad con la misma indiferencia con que la naturaleza lo hace, y esto es precisamente lo que hace posible la vida.

La última luz se ha quedado adherida a la pared, ha quedado atrapada y sólo se escurre un poco hacia atrás, como si los muros se desplazaran un poco, o la estancia se agrandara, o dilatara unos centímetros.

El resto de la luz se cuelga detrás de una tela pintada que aparece tras las cortinas, y al volver hacia la estancia, deja ver un paisaje cercano. En la parte inferior hay una banda azul verdosa, un estanque o un lago, con una roca que parece una colina redondeada y chata, y de la izquierda, en su parte superior, surgen las ramas de un pino oriental, con las agujas discontinuas y en forma arracimada, como milanos enganchados. El tronco enmarca la parte izquierda, dando un punto de profundidad.

Un pez que se desliza con una gracia directa aparece buceando por la izquierda, y un instante después le sigue una tortuga poliédrica, que le persigue, nadando, agitando su cabeza y manoteando con sus patas. El pez burla a la tortuga, mientras una mariposa anaranjada desciende flotando y se posa en la roca. La tortuga escala la roca y ahuyenta a la mariposa. Y entonces desciende una garza liviana, con el cuerpo de todos los marrones, y el cuello largo de todos los verdes y la cabeza y su pico de todos los amarillos, que se acaba posando sobre la tortuga.

Un instante después, la garza se contorsiona, o se estira, apretada contra la tela y uno se levanta asombrado y va corriendo a ver que hay detrás de aquel lienzo, que es aquello que se mueve con la gracia o la rudeza de cada uno de los animales, o quién está dando vida a aquello, que es como un cine antes del cine, pero que está sucediendo en ese momento, y el lienzo palpita porque las figuras se aprietan contra él, y se oye el rascado de una seda, como si hubiera una vida apretada, luchando por salir, como el vientre de una mujer embarazada. Y entre las cortinas del lateral, se ve una habitación pequeñísima, de no más de un metro de fondo.

Dos hombres y un niño están pegados con sus espaldas a la pared, contra ella, agachados o acurrucados. El pez vuelve a saltar al agua, y lo maneja el chiquillo con cinco varas finísimas, y las tiene sujetas como palillos de comer. El cuerpo nada dulcemente, y un poco ralentizado, como si de verdad le rozara el agua.

En el techo hay una tira de luces que iluminan la pantalla, y ellos están arrinconados como contorsionistas para no dar sombras.

El hombre joven, con el torso desnudo, maneja la tortuga. Y se mueve con fortaleza y suavidad. Se diría que es él mismo la tortuga, que no está aquí sino contra la tela, porque los dos son uno. No hay fisuras, es un mundo completo.

El anciano que maneja la garza tiene el cuerpo enjuto e inmóvil, como acechando una presa, y sólo se mueve de cintura para arriba. De sus brazos emergen unas varas muy delgadas, que presionan el animal contra la seda pintada. Las varas están rodeadas de varitas al llegar a la garza, y de ellas salen unas cuerdas casi invisibles que acaban en unos anillos, un anillo en cada dedo, y gira los dedos y vive el animal. La garza se detiene un instante, y cuando empieza a entornar su cuello la cabeza se vacía, porque uno siente que está presenciando la vida en sí misma, su comienzo, su constante arranque, su impenetrable oscilación. Y uno no quisiera ni pensar, ni recordar ni imaginar, sino sólo ver, ver, ver, recibir como recibe un espejo. Pero no es posible, porque no sabemos detenernos, y uno comienza a preguntarse si no hay algo admirable en este modo de percibir o comprender el mundo, en el que hay un acercamiento de precisión a la vida, sólo un asombro, o una expectación o una admiración por el mundo que se desenvuelve ante nosotros y del que formamos parte, y que sospecha que toda explicación o toda idea o toda palabra es más pobre que la realidad. Y quizás intuye el motivo de ese hermoso idioma que se resiste a silabizarse, que sólo es simbólico, porque no quiere dejar que nada ajeno se interponga entre la cosa y el ideograma, que es la puerta del olvido de su naturaleza, y así el concepto y su símbolo son una misma cosa, atados y amarrados con alambres de acero, sin que nada pueda penetrar entre ellos y quebrar su unicidad.